

VII CONGRESO INTEROCEÁNICO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS EL LUGAR DE LA CRÍTICA EN LA CULTURA CONTEMPORÁNEA

Simposio 6. *Estudios sobre juventudes, participación y acción política. Desafíos epistemológicos y experiencias de investigación*

Juventudes y estudios culturales. Trayectos y sentidos de abordaje

Nazareno Bravo¹

Resumen

A partir de un trabajo de sistematización de investigaciones y abordajes sociológicos de procesos sociales en los que intervienen las juventudes, se busca reconocer las articulaciones teóricas y metodológicas que allí prevalecen e insinuar claves de lectura de fenómenos más actuales.

En principio, resulta interesante ubicar el aporte de los la Escuela de Birmingham (Inglaterra, 1964) en la visibilización de los procesos sociales en los que se basó el surgimiento de estudios referidos específicamente a los sectores juveniles y que dieron pie a la consolidación de ese campo.

Parte de esos estudios, mostraron la centralidad que las prácticas culturales tienen en los procesos de elaboración de identificaciones colectivas. En este sentido, a partir de las décadas de 1980 y 1990, la temática de la crisis de las identidades forjadas en sociedades salariales, revitalizó la pregunta por las vías de socialización e integración a las que accedían los y las jóvenes.

En América Latina, estos ejes problemáticos cobraron relevancia y centralidad al calor del renovado protagonismo que las juventudes adquirieron en el terreno político post dictatorial y en el ámbito cultural en general. Por caso, la música como espacio de interacción social, habilitó el análisis de la cristalización de perspectivas juveniles diversas pero con marcas generacionales distinguibles².

El panorama actual muestra la consolidación y el despliegue de los estudios sobre juventudes, al calor de las renovadas prácticas políticas y expresivas en general, que cada generación asume como propias.

En resumen, el trabajo tiene como objetivo señalar parte del trayecto recorrido por los estudios sobre juventudes en relación con prácticas culturales en las que se tramitan reconocimientos y cosmovisiones generacionales.

¹ Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Cuyo / INCIHUSA-CONICET. Contacto: <nbravo@mendoza-conicet.gob.ar>

² Sin embargo, debe señalarse que al menos desde la Reforma Universitaria de 1918 puede señalarse la emergencia del colectivo juvenil –visibilizados como “estudiantes”- en el campo político y cultural (Faletto en Feixas, 14).

En este trabajo, pretendo sistematizar algunos de los tópicos y discusiones presentes en los estudios sobre juventudes, en especial de aquellos que se detienen en las prácticas culturales ligadas a la música, como vía de aproximación a procesos de identificación. Para ello, primeramente tomaré en cuenta los aportes fundacionales producidos en el CCCS (Escuela de Birmingham) a fin de reconocer preocupaciones y perspectivas que entran en diálogo y debate con las contribuciones surgidas desde América Latina.

Inquietudes y apuestas en los trabajos de la Escuela de Birmingham

El grupo de intelectuales que conformó la llamada Escuela de Birmingham en Inglaterra a partir de 1964, produjo una obra original en sus temáticas y abordajes a partir de elaborar preguntas derivadas de un contexto atravesado por las transformaciones, reacomodamientos y novedades que trajo la segunda posguerra en Europa.

El Centro fue una respuesta a los cambios sociales y culturales que caracterizaron la vida británica de posguerra (por ejemplo, la inmigración, el impacto de la cultura estadounidense, la “desaparición” de la clase trabajadora, las nuevas relaciones internacionales) y a los desafíos políticos que estos plantearon. En un sentido más amplio, respondía (...) a los rápidos procesos de cambio social y al impacto cada vez más visible de las transformaciones culturales, que parecían introducir el desorden del mundo en la agenda académica (Grossberg, 2012, p. 26).

En ese contexto cambiante es posible ubicar el surgimiento/visibilización de un sector de la población etiquetado como “jóvenes” según criterios de edad, pero sobre todo por las particularidades de sus prácticas³.

(...) los estudios culturales se ocupan de describir e intervenir en las formas en que las prácticas culturales se producen dentro de la vida cotidiana de los seres humanos y las formaciones sociales, el modo en que se insertan y operan en ella, y la manera en que reproducen, combaten y quizá transforman las estructuras de poder existentes (Grossberg, 2012, p. 22).

³ No está de más aclarar que si bien siempre existieron personas en edades juveniles, su reconocimiento como tales es un fenómeno visible desde mediados del siglo XX. Es decir que se produjo una interrupción de la secuencia vital que marcaba el pasaje a la vida adulta desde la niñez, sin etapas intermedias.

Así, quienes portaron la por entonces reciente categoría juvenil, resultan foco de atención privilegiado para los estudios del Centro, ya que fue en sus prácticas donde se expresaron nuevos formatos y perspectivas, así como buena parte de los procesos que desordenaron aquella agenda académica. Se afirma que es en la vida cotidiana donde se desarrollan las prácticas culturales que reproducen el sistema pero también desde donde emergen focos de resistencia y oposición, de materialización de las contradicciones. El tema de las resistencias será una de las inquietudes principales para el Centro, no sólo en términos teóricos sino también políticos o al menos como material para abonar perspectivas críticas.

Entre los principales actores sociales o instituciones impulsoras y dadoras de sentidos referidos a la nueva categoría social *juventud*, se puede mencionar al Estado y sus estrategias en el nuevo contexto (ampliación del tiempo de educación obligatoria, entre otras), a las industrias culturales (que inauguran nichos de consumo propiamente *juveniles*) y al marco legal elaborado específicamente para tal fin (derechos, deberes, modos de sanción diferentes a los de los adultos).

Puede decirse entonces que son tres procesos los que otorgan una mayor visibilidad a los jóvenes en la última mitad del siglo XX: la reorganización económica, como resultado del aceleramiento industrial, científico y técnico, que implicó ajustes en la organización productiva de la sociedad; la oferta y el consumo cultural, y el discurso jurídico (Reguillo, 2012, p. 23).

Según la autora, las políticas educativas y las leyes, resultan vías de socialización en las que los jóvenes son *formados* como ciudadanos, preparados para el mundo laboral y la vida familiar adulta. Allí, los márgenes de acción y autonomía para los jóvenes resultan escasos, ya que ni el sistema educativo ni las leyes “invitan” a participar, sino que más bien implican la asunción de pautas y formas ya establecidas a las hay que amoldarse (Reguillo, 2012, p. 41).

Son entonces las industrias culturales, las que habilitan algún tipo de intervención, apropiación y elaboración de los sentidos de ser joven, aunque siempre con la mediación del mercado. Aquí anida uno de los temas que me interesa abordar que es el de los procesos de identificación y reconocimiento orientados por prácticas y consumos culturales juveniles vinculados a la música.

En relación con los consumos culturales, debe tenerse en cuenta el importante rol que los medios de comunicación poseen al sumar interpelaciones, mandatos, normativas y, en muchos casos, estigmatizaciones que impactan fuertemente en el sentido común y condicionan las experiencias juveniles.

Las preocupaciones del CCCS giran en torno a la crisis de las identidades asociadas a las sociedades salariales y a las limitaciones para seguir postulando identificaciones ancladas a la clase social (por la tanto la apertura hacia otras identidades sociales) en el marco de la ampliación de las posibilidades de consumo y las perspectivas –muchas veces más imaginarias que reales- de ascenso social. Desde su visibilización pública, las juventudes de cada época deben lidiar con dos expectativas trascendentes, al tiempo que contradictorias. Por un lado, encarar las posibilidades y esperanzas de cambios favorables para la sociedad (jóvenes como garantía de un “futuro mejor”). Por el otro, justificar su aparente inadecuación a las pautas establecidas (jóvenes como “problema para la sociedad”).

Lo que lxs jóvenes hacen y dicen (en su tiempo libre, en el consumo, en las formas de agregación) aparecerá como un área de investigación central para comprender los cambios sociales, desentrañar el nuevo contexto y perfilar modelos societales a futuro. Para lxs autores del CCCS, esas prácticas debían ser leídas en clave política –o como formas de actuar lo político- a pesar de que no pudieran ser asociadas de manera directa a ese campo. Es en las prácticas culturales en la vida cotidiana, como se dijo, donde se reproduce el sistema y donde emergen *rituales de resistencia*. En efecto, unos de los trabajos colectivos paradigmáticos publicado en 1975 bajo el título “Rituales de resistencia; subculturas juveniles en la Gran Bretaña de postguerra” (Hall y Jefferson, 2014) dieron cuenta de una serie de fenómenos juveniles de asociación a partir de prácticas, consumos y *estilos* puestos en juego como modo de intervención en su contexto.

El libro contiene, entre otros, el análisis de las costumbres, visiones y prácticas de distintos colectivos juveniles – denominadas *subculturas*- para quienes la música y el *estilo* (Clarke, 2014, p. 271) resultan centrales: *teddy boys*, *mods*, *rockers*,

skins, *rastas*, *rude boys*, entre los principales. Aspectos como la vestimenta, los peinados, los lugares de reunión, los modismos y claramente la música que “se corresponde” con estas elecciones, resultan elementos prioritarios para analizar la gestación de identidades grupales en medio de la crisis.

En ese marco y solo por citar algunos ejemplos de los casos de estudio referidos, la apropiación y resignificación de la ropa creada para las clases altas (en el caso de los *teddy boys*) o para el trabajo (en el caso de los *skins*), así como el cabello con dreadlocks (propio del colectivo *rasta*) son prácticas postuladas como respuestas culturales y posicionamientos. Cuestionar miradas estigmatizantes a partir de lucir ropa elegante (teds), reivindicar la vida y los valores obreros en retirada, replicando uniformes y exacerbando la intensidad del encuentro en los bares y en las canchas de fútbol (*skins*) o expresar un compromiso con las raíces africanas y una crítica al sistema (*rastas*) son parte de las interpretaciones que sobrevuelan los estudios sobre prácticas juveniles de la Escuela de Birmingham.

En definitiva, el CCCS logró captar aspectos centrales de los efectos de una crisis estructural en la que se modificaron fuertemente los parámetros que habían ordenado la vida cotidiana en Europa. Esos cambios debieron ser afrontados en primera persona por quienes –en tanto generación- se toparon con un escenario en el que las reglas de juego se habían modificado fuertemente. Sin posibilidades evidentes de pensarse (y actuar) como clase, los procesos de elaboración identitaria se asentaron en círculos más cerrados, anudados por opciones de consumo –de ropa, de música, de tiempo libre- ofrecidas por un mercado en expansión y amplificadas (las más de las veces en términos críticos cuando no estigmatizantes) por parte de los medios de comunicación masiva.

La crisis de las identidades y los estudios sobre prácticas culturales juveniles en AL⁴

Una vez descriptos los ejes principales que nos interesa destacar de la experiencia de trabajo del CCCS a partir de mediados de la década de 1960

⁴ Distinguir entre estudios sobre juventudes, acciones de jóvenes problematizadas en otros términos y lecturas actuales sobre el pasado en clave generacional. Ver sistematización en CLACSO.

(contexto de crisis de época, visibilización/cristalización de identidades juveniles, reproducción y posibilidades de resistencia que aglutinan las prácticas culturales), propongo pensar algunos cruces con los estudios localizados en América Latina que abordaron estos tópicos.

En esta línea, planteo la siguiente anticipación de sentido: a diferencia del contexto europeo, en América Latina, los 60 como *época* (Gilman, 2012) son el marco de identificaciones juveniles en términos de clase/pueblo que habilitaron proyectos disruptivos, experimentales y políticamente revolucionarios.

Es importante señalar que las obras académicas y los discursos públicos producidos durante este período [1968-1975] no refieren en todos los casos al sujeto juvenil como un actor social de relevancia, más bien los jóvenes aparecen solapados detrás de otras filiaciones que se consideraban más importantes y explicativas como la clase social o la condición de estudiante. También aparecen tras algunas producciones o discursos culturales como el rock; o asociados a la militancia política, en general partidaria, aunque luego también dentro de los grupos armados o guerrillas (Bonvillani; Palermo; Vázquez y Vommaro, 2010, p. 28).

Surge aquí un elemento importante para la argumentación, vinculado a las *dilaciones temporales* (Williams, 2011) o, más específicamente, a las diversas temporalidades que pueden convivir en una misma etapa. Porque es notorio que las prácticas de las juventudes en crisis observadas por el CCCS no son del todo equiparables con las experiencias juveniles regionales y que ello tiene un correlato en los abordajes científicos. El contexto en el que las juventudes son visibilizadas como tales, está atravesado en América Latina por los debates políticos y procesos de radicalización que orientaron la atención hacia ese campo. Inclusive la identidad “estudiantes” quedó fuertemente ligada a la política a partir de interpelaciones estatales, partidarias y sindicales, tal como pudo reconstruirse en otros trabajos (Markarian, 2012; Bravo, 2014).

Pero para ejemplificar esta especificidad de la vía de irrupción juvenil latinoamericana y ampliar el planteo respecto de los cruces entre juventudes, música e identidades, tomaré en cuenta el fenómeno de la renovación del folklore durante los ´60. En efecto, las nuevas camadas de artistas que se incorporaron a los circuitos folklóricos lo hacen en términos críticos respecto del paradigma dominante (Díaz, 2007). Esa renovación puede reconocerse a partir del análisis de

las formas (musicales, de producción, de circulación) y de los contenidos (cuestionadores de los ejes argumentales tradicionales y establecidos, en cambio, en una mirada latinoamericana, popular y comprometida con la transformación). El cuestionamiento de las jerarquías diferenciales entre música erudita y música popular, la incorporación de instrumentos y arreglos extra-folkloricos o la búsqueda de representar en las letras las situaciones de explotación y lucha del campesinado, pueden ser señalados como ejemplos de la renovación propuesta. Esas prácticas culturales no fueron interpretadas en términos de “subculturas” juveniles sino como parte de los procesos de radicalización política que marcaron los 60 como época en América Latina. Los ejes políticos prevalecieron por sobre los culturales en las explicaciones y significaciones sobre los fenómenos juveniles. Es decir, los modos de experimentar los sentidos de época de parte de la generación post 2da guerra mundial, difieren fuertemente en los dos continentes. La certeza de la crisis de las identidades sociales, las limitaciones para pensarse dentro de las etiquetas de la modernidad capitalista y, por tanto, la atención de la academia hacia los formatos grupales juveniles emergentes cobrarán forma en un momento distinto en América Latina, fundamentalmente a partir de la década del 80 pero claramente desde la del 90. En efecto, esta década de 1990 resultó paradigmática de la estructuración de una “sociedad excluyente” (Svampa, 2005) en la que la pregunta por las identidades fue central en la producción científica. La misma M. Svampa coordinó una publicación en el año 2000 en el que se presentan trabajos que abordan la cuestión de “la transformación de las identidades sociales”. Su propia presentación, por caso, muestra el impacto del contexto en las posibilidades inter generacionales de definición identitaria ligada al ámbito laboral: el pasaje de la “patria metalúrgica” al *heavy metal*. A partir de entrevistas a trabajadores metalúrgicos de distintas edades, la autora muestra cómo aquellas identidades *fuertes* gestadas durante el primer peronismo, devienen volátiles y fragmentarias en el marco neoliberal.

El caso de [un joven trabajador metalúrgico y metalero] Roque (“somos gente que tenemos los mismos pensamientos, los mismos gustos musicales”) ilustra la apelación a una definición identitaria a través de los consumos culturales, que termina por disolver aquellos escasos elementos que remiten al peronismo y a una conciencia obrero-sindical

como ejes posibles desde los cuales organizar las representaciones y gestar sentidos (p. 148).

Más adelante concluye:

(...) el trabajo, para Roque, es todavía un lugar desde el cual se perciben las divisiones sociales, pero ya no estructura, como antaño, una identidad en términos colectivos. A cambio de ellos, van cobrando singular importancia los modos de apropiación diferencial de ciertos objetos de consumo (gustos musicales, vestimentas, discotecas), circunscriptos a determinados espacios sociales (la clase baja), que a su vez se traducen en nuevos conflictos simbólicos, contribuyendo, de esta manera, a la renovación de los mecanismos de clasificación y reclasificación constante de los grupos sociales en el seno de una estructura social (p. 149).

Es decir que es posible distinguir en los modos de consumo cultural, vías de reconocimiento colectivo no asentadas en las identidades sociales que habían prevalecido anteriormente para definir un(os) nosotros.

Será a fines de los 90 y durante la década de 2000 cuando los estudios sociales den cuenta de manera más profunda de los cruces entre identidades juveniles y prácticas culturales, en parte debido a las distancias y rechazos de aquellos con el campo político pero sobre todo en el marco de crisis económicas y estallidos sociales que atravesaron la región. Sin embargo, más allá del rechazo, "lo político" se filtraba en los formatos de agregación, en las prácticas culturales, en las maneras de consumo, en la sutura de identidades cuestionadoras de las miradas hegemónicas... aquí resuenan las apuestas del CCCS de concretar lecturas políticas de lo que ocurre "en la calle".

¿En qué clave se leyeron los fenómenos musicales juveniles?

De manera resumida, podemos decir que se perfilaron tres líneas explicativas en los análisis sociales. Por un lado, la creciente importancia que la música y las prácticas culturales en general, fueron adquiriendo a medida que avanzaba la crisis. Esto es, la aparición de grupalidades de nuevo tipo, como resultado de la crisis.

[el rock chabón] como el rock de aquellos jóvenes a los que les duele que el mundo de sus padres no exista más, de los jóvenes que encuentran alternativas a su no-lugar en el modelo socio-económico vigente en la expresión musical, en la barra de la esquina, o en pedir prepeando las monedas para la cerveza o la entrada al recital, porque piensan, con algún criterio de realidad, que no podrían encontrar tales alternativas en ninguna versión

de la política organizada tal cual está estructurada en la Argentina contemporánea (...) víctimas jóvenes de una reestructuración social violenta, abrupta y traumática (Semán y Villa, 1999, p. 249).

En un trabajo posterior, el mismo Semán resume,

El “rock chabón” tomaba como epicentro de sus sentimientos y su ethos el barrio, la patria pequeña de la infancia y la juventud y su paisaje transformado por la pobreza, la desocupación, la delincuencia, el tráfico de drogas, en fin, las novedades de la década de 1990 (Semán, 2012, p. 67).

Un segundo eje, se dirigió a intentar captar las posibles *resistencias* (Alabarces, 2008) o las críticas al sistema que formaron parte de dichos fenómenos culturales.

Los raztecas son la expresión local de un movimiento planetario que no sólo se define por la mezcla de matrices culturales, sino también, y quizá lo que es más importante, por una crítica al modelo de desarrollo occidental, al deterioro ambiental, a los brutales procesos de exclusión. En el contexto de la globalización, los raztecas reivindican el valor de lo local, del comunitarismo y el autoempleo (Reguillo, 2012, p. 101).

En esta misma línea, podrían ubicarse nuestros propios aportes sobre juventudes y prácticas culturales en Mendoza (Bravo, 2016; Seca, 2021; Stacchiola, 2014; Rosales, 2021). En estos trabajos, nos concentramos en experiencias de participación barrial en las que la música popular (reggae cultural, murga, rock *alterlatino*) resultaron dadores de sentido y espacio de participación y expresión.

Finalmente pueden señalarse estudios en los que se mostraron facetas menos épicas pero también presentes en las prácticas juveniles musicales, ligadas a la reproducción de parámetros y valores hegemónicos.

Desde esta perspectiva, la “cumbia villera” –pese a su carácter no sólo popular, sino marcadamente plebeyo- no puede ser interpretada como un movimiento de resistencia cultural, esto es, como una expresión de los sentimientos de injusticia y desigualdad de parte de los sectores subalternos. Ciertamente vehiculiza temas o tópicos propios de las clases subalternas; sin embargo, tiende a neutralizar su potencialidad al exaltar un modo de vida que (...) conduce a legitimar la exclusión y la marginalidad. En este sentido, se caracteriza por un discurso que constituye un “nosotros” negativo, y termina por vaciar de significado el reclamo (Svampa, 2005, p.180).

Aun reconociendo la crítica que realiza Pablo Alabarces (2008, p. 49) a la lectura de la cumbia villera que hacen Svampa (2005) y Míguez (2006) –asumir que se trata de un fenómeno plebeyo, sin reparar en la fuerte intervención e impulso del

mercado discográfico- es interesante esa perspectiva para cuestionar aquellas lecturas direccionadas por la búsqueda de resistencias en las prácticas culturales, lo que podría invisibilizar procesos y definiciones que giran sobre otros ejes.

Estas tres perspectivas –identidades juveniles como resultado de la crisis, como resistentes al sistema o como reproductoras del mismo- aparecen articuladas en varios casos y dan cuenta de la complejidad de asumir explicaciones unidireccionales que limiten la comprensión de la diversidad de formas de lo juvenil. Pero más allá de este asunto, he querido señalar las continuidades y rupturas que pueden percibirse entre los estudios europeos y los latinoamericanos, a raíz de los procesos diferenciales que se experimentaron en ambas latitudes a partir de la segunda mitad del siglo XX.

Algunas conclusiones y una hipótesis

Propuse recorrer parte de las premisas que orientaron el trabajo de la Escuela de Birmingham sobre prácticas juveniles en el contexto europeo de la segunda pos guerra. Se destaca aquí la vocación por reconocer las características de un marco atravesado por transformaciones profundas y crisis de sentidos hasta entonces prevalecientes.

Entre los principales efectos de la crisis, se encuentra la imposibilidad de seguir definiendo identidades en los términos de las sociedades salariales, asunto que impactó principalmente en las camadas de jóvenes que transitaron el pasaje hacia la vida adulta en aquel contexto. Allí es posible ubicar los estudios sobre “subculturas” juveniles en las que la conflictividad social se expresó a partir de los recursos ofrecidos / impuestos por las industrias culturales, asociadas al mercado, y no ya atadas a la clase social o las definiciones políticas.

Estos procesos que el CCCS captó en el contexto inglés desde mediados de los 60, no se corresponden con la realidad latinoamericana de entonces. Por el contrario, en nuestro continente es notoria la irrupción de las juventudes en términos políticos, con el colectivo “estudiantes” como mejor ejemplo. Inclusive, las prácticas culturales vinculadas a la música que habían servido de casos para el estudio de las nuevas identidades en Europa, formaron parte (y fueron

interpretadas) como espacios de militancia y de búsquedas transformadoras en América Latina.

Será fundamentalmente a partir de los 90, cuando el neoliberalismo resulte el contexto central de las explicaciones sobre los fenómenos juveniles y las posibilidades de identificación y reconocimiento colectivo.

A partir de este recorrido y puesta en relación entre los estudios sociales europeos y los latinoamericanos, propongo una idea a modo de hipótesis, a fin de enmarcar los trabajos regionales y poner en tensión aquellas interpretaciones del desarrollo histórico que colocan a América Latina como mero (y siempre incompleto, defectuoso, tardío) repetidor de los procesos primermundistas.

La *subcultura*, el *estilo* o el *movimiento social* punk, no “llegó tarde” a nuestros países sino que esas energías de oposición y crítica al *status quo* que en Inglaterra cobraron forma a mitad de 1970, estuvieron orientadas hacia la participación política revolucionaria hasta la oleada de golpes de Estado en el Cono Sur. La opción punk –y toda formación juvenil asociada a los estilos musicales- para identificarse, emerge de la imposibilidad de seguir sosteniendo los proyectos de liberación.

Referencias bibliográficas

Alabarces, Pablo (2008). Música popular y resistencia: los significados del rock y la cumbia. En: Alabarces y Rodríguez. *Resistencias y mediaciones; estudios sobre cultura popular*. Buenos Aires: Paidós.

Bonvillani, Andrea; Palermo, Alicia; Vázquez, Melina y Vommar, Pablo (2010). Del Cordobazo al kirchnerismo. Una lectura crítica acerca de los períodos, temáticas y perspectivas en los estudios sobre juventudes y participación política en Argentina. En: Alvarado y Vommaro (Comps.). *Jóvenes, cultura y política en América Latina; algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lecturas (1960-2000)*. Rosario: Homo Sapiens.

Bravo, Nazareno (2014). Experiencias y prácticas políticas del movimiento estudiantil de Mendoza entre 1970 y 1973. En: *Apuntes de la memoria; política, reforma y represión en la UNCuyo en la década de 1970*. Mendoza: EDIUNC.

Bravo, Nazareno (2016). Rieles de acero en tiempos de caos: El reggae rasta en la Argentina neoliberal y la construcción de identidades juveniles. En: Biaggini, H. y Oviedo, G. (Comps). *Pensamiento Alternativo en la Argentina Contemporánea; Derechos humanos, resistencia y emancipación (1960-2010)*, Tomo III. Buenos Aires: Biblos.

Clarke, John ([1975] 2014). Estilo. En: Hall y Jefferson. *Rituales de resistencia; subculturas juveniles en la Gran Bretaña de postguerra*. Madrid: Traficante de Sueños.

Díaz, Claudio (2007). El Nuevo Cancionero: un cambio de paradigma en el folklore argentino. En: *Lugares del decir 2; Homo Sapiens* (pp. 203-247). Buenos Aires.

Gilman, Claudia (2012). Los sesenta/setenta considerados como época. En: *Entre la pluma y el fusil; debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina* (pp. 35-56). Buenos Aires: Siglo XXI.

Grossberg, Lawrence (2012). *Estudios culturales en tiempo futuro*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Hall, Stuart y Jefferson, Tony (Eds.) ([1975] 2014). *Rituales de resistencia; subculturas juveniles en la Gran Bretaña de postguerra*. Madrid: Traficante de Sueños.

Markarian, Vania (2012). *El 68 uruguayo; el movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

Reguillo, Rossana (2012). *Culturas juveniles; formas políticas del desencanto*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Rosales, Carla (2021). *Territorios juveniles rurales; Resistencias y re-existencias*. Buenos Aires: Ediciones Aula Taller.

Seca, Victoria (2021). *Juventudes y participación: un estudio sobre las prácticas participativas de los y las jóvenes de sectores populares en Mendoza (2003-2015)* [Tesis de Doctorado]. UNCuyo, Mendoza.

Semán, Pablo (2012). Vida, apogeo y tormentos del “rock chabón”. En: *Bajo Continuo; exploraciones descentradas sobre cultura popular y masiva*. Buenos Aires: Gorla.

Stachiolla, Octavio (2014). *Música y construcción identitaria de jóvenes de sectores populares. El caso de Insurrektxs en la provincia de Mendoza* [Tesis de Grado]. FCPyS-UNCuyo, Mendoza.

Svampa, Maristella (Ed.) (2000). *Desde abajo; la transformación de las identidades sociales*. Buenos Aires: Biblos.

Svampa, Maristella (2005). *La sociedad excluyente; la Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.